



....En las noches sobre la inmensidad del mar, contemplaba esa radiante Cruz de estrellas que sirve de guía en el hemisferio austral, y por qué no podía ser y debía ser el nombre de nuestra Logia ¡el de Cruz Austral! En esa forma nació el nombre de nuestra Logia". Garibaldi.

GARIBALDI

HÉROE DE DOS MUNDOS

Francisco Sialer



*A. L. G. D. G. A. D. U. .
Gran Logia de los A.A. L.L. y A.A. Masones
de la República del Perú*



INSTITUTO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS "JORGE BASADRE GROHMANN"

AÑO DE LA UNIDAD, LEALTAD Y RESPETO

PAGINAS DEL INSTITUTO
ARCHIVO HISTÓRICO

R.: H.: **Corrado Conforti Ragazzoni**, P.: V.: M.: R.: L.: S.: **Estrella de Italia N°49**, nos alcanza un muy bien documentado Trz.: de Arq.: elaborado con el lenguaje de la sencillez que da la sapiencia sobre el tema y el sentimiento del recuerdo de su abuelo materno el ingeniero y H.: Enrique Regazzoni que militó bajo las órdenes del H.: Giuseppe Garibaldi en el cuerpo militar de "Los Mil" que capturan Sicilia y su capital Palermo, en la segunda guerra de la Independencia Italiana; cubriéndose de gloria.

En nuestra patria, a la que había llegado en octubre de 1851 proveniente de Nueva York, permanece por casi dos años promoviendo cruzadas por la libertad y la unificación italiana; honrado con la ciudadanía peruana ejerció como piloto de la capitanía del Puerto del Callao. Como visitante de las Logias del Callao era conocido por su fraterna disposición y generosa actitud.

Una muy estimada Logia le debe su nombre, según nos los hace saber nuestro H.: Miguel García Saldarriaga en su Trz.: "Unidad y Protección de Cruz Austral", publicado en el "Heraldo Masónico" de mayo de 1965. Nos explica:

"Aquellos ilustres HH.: que hicieron historia al fundar nuestra Madre Logia comprendieron que la francmasonería no es una historia, sino más bien una esperanza".

"Ellos especularon sobre el nombre que le darían a este nuevo Taller , en 1853 y unos y otros creían que debía llamarse "Fraternidad Chalaca" o "Concordia Peruana" o "Regeneración Peruana"; y en aquellos momentos llegó al Callao, el célebre italiano y distinguido masón Don José Garibaldi, quien sugirió en forma acertada de acuerdo a su fortaleza espiritual, que en sus viajes, en las noches sobre la inmensidad del mar, contemplaba esa radiante Cruz de estrellas que sirve de guía en el hemisferio austral, ¡por qué no podía ser y debía ser el nombre de nuestra Logia el de Cruz Austral! En esa forma nació el nombre de nuestra Logia".

R.: L.: S.: Giuseppe Garibaldi N°114 del Vall.: de Cuajone honran su memoria y cultivan y esparcen los valores éticos y morales que tanto impulsó su epónimo.

RR.: y QQ.: HH.: les invitamos a recorrer este ameno, valioso e instructivo Trz.: que fue publicado en el número 97 de la "Revista Masónica" de octubre de 1956

R.: H.: Francisco Sialer García



GARIBALDI GARIBALDI

HEROE DE DOS MUNDOS

Con la misma noble y profunda satisfacción con que, la dulce y sosegada intimidad de nuestros hogares, recordamos el nombre y las virtudes de nuestros avos (sic), en la dilatada familia que constituye nuestra Augusta Orden, nosotros los masones acostumbramos recordar y aquilatar las virtudes de los grandes Hermanos que ha dejado herencia de sabiduría, nobleza e hidalguía.

Innumerables son las tumbas que, en lugar de una cruz, ostentan una escuadra y un compás, desde las cuales brotan el recuerdo-y con él el ejemplo- de los grandes que dejaron herencia prodigiosa de valores intelectuales, civiles y morales.

Innumerables son esos faros que, alimentados con el sagrado fuego de la fe masónica, vierten su luz fulgidísima, de la cual nos enorgullecemos y que nos indica la ruta a seguir entre las tinieblas que a menudo se ciernen sobre nuestras almas, restándonos el valor, la fuerza material y espiritual, que son bases esenciales de la existencia del hombre.

“A egregie cose
Il forte animo accendono l’urne de forti”...
Cantó Hugo Fóscolo

“El recuerdo que emana desde las tumbas de hombres ilustres, es herencia valiosa para los espíritus nobles”. A semejanza pues de las flores, que esparcieron sus aromas mientras permanecieron vivas y siguen conservándolo y esparciéndolo, aunque marchitas y secas entre las paginas de un libro, los hombres que honraron a la Humanidad con sus virtudes, seguirán honrándola con su memoria desde el sepulcro, que, si aprisiona sus despojos mortales, jamás podrá aprisionar su recuerdo, su pensamiento, su esencia.

Desde una de esas tumbas, austera y a la vez radiosa por su sencillez, que no hace alarde de estatuas o epitafios, que no sobrepasa en altura las humildes plantas de geranios de flores rojas que modestamente la adornan, surge majestuoso el nombre y el recuerdo de un Hermano Masón que, siguiendo los preceptos de nuestros códigos de amor, de fe, de caridad y de libertad, escribió páginas inmortales de gloria en el libro de oro de nuestra Institución.

Sobre ese modesto sepulcro, engarzado en una cándida roca perdida entre el azul puro del agua y el cobalto inmaculado del cielo, y acariciada por las brisas que encrespan las aguas del mar Tirreno, un nombre desafía el tiempo, retando a los tiranos y elevando himnos a la democracia y a la libertad. Ese nombre es el de Giuseppe Garibaldi.

Giuseppe Garibaldi, que otro gran Hermano, su contemporáneo -Víctor Hugo- calificó de “brazo de guerrero, corazón de profeta y héroe del ideal”; Giuseppe Garibaldi, emulo de Epaminondas, quien desdeñó los regalos que le ofrecieran los atenienses para quedarse tan sólo con una modesta rama de olivo sagrado; Giuseppe Garibaldi, que alcanzó la gloria de la apoteosis antes de cerrar los ojos y cuyo recuerdo está profundamente grabado en la historia de los pueblos oprimidos.

A pesar de que no es mi propósito presentaros una biografía de él - muy fácil de hilvanar, pero de relativo interés como todas las biografías- no puedo prescindir de anotar y recordar aquí los acontecimientos más salientes de su azarosa vida para que -a través de ellos- surja y fluya la verdadera personalidad del Gran Hermano Masón, del Caballero de la Humanidad, del Héroe de los dos mundos.

Además, una circunstancia especial me obliga a trazar, aunque sea grandes rasgos, su tumultuosa existencia, pues los abuelos de algunos de los Hermanos que me honran con su presencia, deben haber relatado de palabra a sus nietos (como lo ha hecho por escrito el insigne Hermano Ricardo Palma en una de sus Tradiciones” tituladas “Entre Garibaldi y yo”) que allá por el año 1851, llegó a estas playas un hombre de largos cabellos rubios, de ojos azules y firmes, de frente purísima; un hombre que tenía algo de fascinador y de irresistible y que inspiraba aquella simpática deferencia que la fama del valor y el uso de la autoridad confieren a los individuos destinados a la inmortalidad.

¿Cómo y por qué pisó esta generosa y noble tierra? Remontémonos a los primeros años del siglo 19 y sigamos el curso de los acontecimientos.

El día 4 de julio de 1807, allá donde los Alpes se hunden en el glauco mar y donde más verde y más amena resplandece la tierra, vio la luz el hombre que, fuerte entre los fuertes, debía de recorrer los dos hemisferios, honrando el nombre y el antiguo valor italiano, justamente entonces cuando a los extranjeros estaba permitido gritar impunemente que “Italia era la tierra de los muertos” o “una expresión geográfica”.

Era Giuseppe, el segundo vástago de la familia de Doménico Garibaldi y Rosa Raimondi, la casa donde nació era, por cierto, muy modesta, pero reinaba en ella la concordia, el bienestar y la honestidad. El padre sustentaba la familia con trabajo; la madre, la santificaba con la piedad; los muchachos, la alegraban con sus juegos y sus gritos.

Como creciera Giuseppe en aquella casa, bajo aquel cielo y a orillas de aquel mar, podemos fácilmente imaginarlo. A las extraordinarias dotes físicas de aquel hermoso muchacho de rubios cabellos, de tez rosada, de ojos azules, ágil y fuerte, correspondían muchas dotes morales; pero eran dos las que lo diferenciaban de sus coetáneos: el valor y la bondad.

El valor era un don de la naturaleza que le había forrado los nervios con esa coraza impenetrable a todas las impresiones del miedo, pues, como decía Giosué Carducci, “había nacido de un antiguo dios de la patria que se había unido en amores con una diosa del norte”; la bondad era, como él mismo decía, don del Todopoderoso y herencia de su madre que había sabido hablarle al corazón.

Desde sus primeros años, todo lo que fuera chico, débil e indefenso lo conmovía, lo entristecía y llenaba su alma de piedad; pero no de esa piedad inerte, pasiva, femenina -diría- sino de una piedad viril, factiva, rebelde, que no tolera injusticias, que se rebela a la prepotencia y hace suyas la causa de los oprimidos.



**INSTITUTO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE
GLDP
ARCHIVO FOTOGRÁFICO**

Muchacho aún, empezó a navegar en los buques de “padrón Doménico” su padre. Conoció Odesa, Constantinopla y todos los puertos del cercano Oriente. De regreso de uno de esos viajes, al llegar a Marsella, fue presentado a Mazzini y abrazó fervorosamente la causa del fundador de la asociación “Giovane Italia” que miraba a hacer la Patria “Una, independiente, libre y republicana”.

Fue encomendado al joven patriota participar en un movimiento revolucionario que debía estallar en Génova. Pero, por impericia de los cabecillas, tal movimiento fracasó y Garibaldi pudo escaparse y refugiarse en Francia, donde se enteró que un consejo de guerra lo había condenado a muerte, y donde estuvo errando y escondiéndose hasta que, desde Marsella, zarpó rumbo a Río de Janeiro, donde vivió algún tiempo, acompañado por otros patriotas italianos exilados, dedicándose al cabotaje a lo largo de la costa brasileira.

Esta no era la vida que él deseaba, y en estos términos escribía a un amigo: “Lo que me acongoja, es la idea de no poder hacer algo a favor de mi patria. Estoy cansado de arrastrar inútilmente mi existencia, cuando podría hacer algo para mi desdichado país”.

En esos días, la provincia de Río Grande do Sul, insurgió contra el gobierno del Emperador Portugués de Río de Janeiro, constituyéndose en república independiente. Garibaldi puso en pie de guerra una pequeña embarcación que llamó “Mazzini” y enarboló la bandera Riograndense.

Y, desde entonces, empezaron los épicos acontecimientos del gran Voluntario de la Libertad. Alcanzado por sus enemigos en punta Jesús María, fue herido a bordo de su barco y llevado a salvo por sus partidarios a Guleguay (Argentina) donde fue capturado, pero por breve tiempo. El gobernador de la provincia de Entre Ríos, don Leonardo Millán, lo tuvo colgado de las manos durante horas en el portal de la cárcel, lesionándole para siempre las muñecas. Hubiera fallecido, quizás, en prisión, si una caritativa dama no le hubiera proporcionado lo necesario para sobrevivir.

Después de un tiempo, viendo que ni por medio de amenazas y torturas lograrían conocer el nombre de los revoltosos, lo llevaron a Bojeda, donde siguieron las torturas materiales y morales. Al fin, convencidos de que hubiera preferido morir antes de delatar a sus compañeros, lo expulsaron de la provincia de Entre Ríos.

La venganza del perseguido y del torturado fue digna de un héroe: ¡Echar al olvido los pasados sufrimientos! Y cuando, algún tiempo después, cayeron en su poder los jefes militares de Guleguay, fueron puestos inmediatamente en libertad sin la más mínima ofensa. “En cuanto a don Leoncio Millán -escribió el mismo Garibaldi- no quise ni verlo, por temor de cometer una acción indigna de mi y de mi nombre de italiano”.

Cuando volvió a Río Grande do Sul, el gobierno le confió el mando naval del lago Dos Patos y le encomendó otras memorables empresas que levó a cabo con abnegado valor.

Conoció, por aquel entonces, a una hermosa muchacha que debía seguirlo a través de continentes y océanos, con esa dedicación, ese cariño y esa abnegación que fueron dotes sobresalientes de Anita Ribeiro. A los pocos días de casados, los barcos de Garibaldi fueron bombardeados por tres buques de guerra brasileños. Una violenta sacudida hizo caer a Anita sin sentido encima de un montón de muertos. Tan pronto como volvió en sí, se puso a vendar a los heridos con tiras que arrancó de su vestido de novia y, cuando el artillero, que servía el cañón a su lado, voló hecho pedazos, ella misma se hizo cargo del arma, la cargó y disparó, obediente a las órdenes de su capitán.

¡Aquella fue la luna de miel de los recién casados!

La revolución fracasó. Garibaldi y sus compañeros escaparon al interior del país y se refugiaron en la selva. Las ruinas de una plantación abandonada San Simón de Menotti, les sirvieron de asilo y allí fue donde Anita dio a luz su primer hijo, a quien su padre impuso el nombre de un “mártir” en cambio del nombre de un “santo” -como él mismo quiso aclarar. Tres meses después huyeron a través de la selva, hasta cruzar la frontera del Uruguay, donde se les brindó hospitalidad.

En Montevideo, para sustentar a sus dos hijos (pues había nacido Ricciotti también) y a su fiel compañera, impartió Garibaldi lecciones de álgebra y geometría en un colegio, dedicando el tiempo que le quedaba a la lectura de la vida de los héroes, escrita por Plutarco. Y cuando el tirano Rosas, dictador de Buenos Aires, quiso reincorporar Uruguay a la República Argentina, de la cual se había separado, el gobierno de Montevideo invitó a Garibaldi a defender la libertad de aquel pueblo.

Dejando arrinconado a Plutarco, a Euclides y sus logaritmos, asumió el mando de una parte de la flota uruguaya. Combatió a lo largo del río Paraná, extrema, valerosa y denodadamente contra el almirante inglés Brown, quien militaba a favor de Rosas. Garibaldi tenía bajo sus órdenes tres pequeños barcos: el inglés disponía de diez buques de guerra: y sin embargo el éxito fue gloriosísimo para las armas uruguayas. El mismo almirante Brown, admirador del valor del prófugo y del talento de sus adversarios, lo invitó a honrarlo con su visita.

Al sitiar el ejército argentino la ciudad de Montevideo, los italianos allí residentes pidieron armas al gobierno uruguayo para defender la ciudad, e, interpelando a Garibaldi si aceptaba ser su jefe, tuvieron de él la respuesta: “Sea yo vuestro capitán o un simple soldado como vosotros, mi corazón y mi brazo estarán siempre de parte vuestra, pues debemos mostrar al mundo que los italianos saben combatir hasta morir por la causa de la libertad”.

Se formó, entonces, la “Legión Italiana” que siempre y en toda ocasión supo defender con honor la causa que había abrazado. Desde el combate del Cerro de Montevideo, donde derrotó al general argentino Oribe, y a través de las victoriosas batallas de San Antonio de la Colonia y del Salto, la Legión Italiana se cubrió de gloria.

A los cinco años de haber iniciado su campaña para apoderarse del Uruguay, el ejército argentino se encontraba todavía atascado en las cercanías de Montevideo, y con mayor acritud que a nadie, Rosas culpa de su fracaso a **una banda de demonios que llevaban camisas rojas**.

El gobierno uruguayo dispuso que los nombres de los caídos en los campos de batalla, fueran grabados en letras de oro en una lápida de mármol, y que las legiones sobrevivientes llevaran permanentemente una cinta en el brazo izquierdo con la leyenda “Invictos, combatieron el 8 de febrero de 1846.

Se decretaron valiosas recompensas también: pero no fueron aceptadas ni por los soldados ni por su capitán. Solamente quisieron los legionarios que se les reservara la preferencia en los combates, sobre las demás legiones: privilegio éste que no beneficiaba a un individuo solo, sino que redundaba a mayor gloria de aquella Italia que ellos representaban en el hospitalario Uruguay.

Garibaldi, renunciando al grado de general, solo aceptó 500 liras como los demás soldados; y, a pesar de su indigencia, que a veces no le permitía comprar una vela para alumbrar su casa, donó la mitad de esa suma a la viuda de un legionario que había caído en combate. Fue así que las hazañas de la banda de diablos rojos -como Rosas la llamara- aseguraron la libertad del Uruguay y tuvieron enorme resonancia en el mundo.

Durante su permanencia en aquel país, Garibaldi trabó amistad con el gran Masón y patricio argentino Don Bartolomé Mitre, quien también participaba en la defensa de Montevideo y que dedicó páginas gloriosas de sus

libros para relatar las hazañas del Hermano José, afiliado a la Respetable Logia “Les amis de la patrie” de Montevideo, en cuyo seno desarrolló entusiasta y provechosa labor.

Mientras tanto, la Sociedad de la “Giovane Italia” enviaba al jefe de las camisas rojas una espada que era en parte galardón honorífico, y en parte insinuación simbólica. Al tocar su aguzado filo, Garibaldi debió de recordar que, en las colinas de su tierra patria, los olivos se tornaban plateados al soplo del viento y que, entre los resquicios de las montañas, se veía el brillo fulgurante del Mediterráneo.

En los primeros días del mes de julio de 1848, se presentaba al cuartel general del rey Carlos Alberto un hombre que las desventuras de Italia habían alejado durante catorce años de su tierra natal, y que la esperanza de futuros acontecimientos hacía volver a pisar el suelo de su Patria. Había dejado Montevideo con 60 hombres de la Legión Italiana, y había llegado a Niza enarbolando la bandera tricolor, formada de media sabana, una camisa roja y un trapo verde que se usaba abordo.

El rey recibió amigablemente al valeroso italiano, lo felicitó por su acción en América y lo exhortó a que viera al general Ricci, entonces ministro de guerra, para que acordase lo que debiese hacer. Pero el ministro dio a entender a Garibaldi que no podía admitirlo en las filas del ejército regular. Fue entonces cuando empezó a formar un cuerpo de voluntarios para combatir, solo, a los austriacos: pero no tardó en llegarle la imposición de salir del territorio piemontés y de despedir a los hombres que formaban ya un diminuto ejército.

La indignación del patriota había llegado al extremo; se rebeló a la Monarquía y, levantando la bandera republicana de Mazzini, con la leyenda: “Dios y Pueblo”, empezó a reclutar hombres en Pavía y en Milán, que, desde el mes de marzo del mismo año 1848, había echado a los austriacos, después de cinco días de denodada lucha callejera.

En más de un encuentro supieron los soldados del general croata Recesky quiénes eran los camisas rojas; pero luego de la derrota sufrida por el ejército regular piemontés, en Novara, Carlos Alberto firmó la paz con Austria.

¿Dónde vamos a luchar ahora? -se preguntó Garibaldi- La respuesta le llegó del corazón mismo de Italia: de Roma. ¡Al Campidoglio, al Campidoglio! -gritó entonces a sus fieles camaradas.

El pueblo romano se había sublevado: el Papa había huido con su corte y se había refugiado en Nápoles, poniéndose bajo la protección del “Rey Bomba”, como llamaban despectivamente a Francisco de Borbón.

La antigua y gloriosa República Romana renacía, después de 1800 años, por aclamación popular, confiando sus destinos a Mazzini, Saffi y Armellini. Pero ya se alineaban en contra de ella no solamente las fuerzas del emperador austriaco, del Papa, del Rey Bomba y España, sino las de Francia, también.

Voló Garibaldi a defender a la Ciudad Eterna, seguido de sus camisas rojas, voluntarios civiles, obreros de blusa, aldeanos, tenderos, ancianos y chiquillos. Entre ellos se hallaba Hugo Bassi, el fraile camisa roja, que predicaba rebeldía desde la propia iglesia. Esta “gentuza”, como la llamaba el enemigo, y que sumaba unos dos mil hombres, recibió la misión de defender el Monte Gianicolo, el saliente más peligroso fuera del recinto amurallado de la ciudad. Garibaldi vio avanzar 7000 centellantes bayonetas francesas y, en un rasgo de esa audacia que lo distinguía, hizo que sus hombres tomaran posiciones avanzadas entre los pinos y los rosales de los parques vecinos. “La batalla de las Rosas”, como le llamaron a ese combate, fue muy encarnizada y, al caer la noche, el general francés, pálido y tembloroso pidió tregua.

Entonces llegaron del sur las tropas del Rey Bomba y en cambio de entretenerlas, como se lo habían ordenado, Garibaldi las obligó a retroceder hasta meterlas de nuevo en territorio napolitano, y las hubiera exterminado sino hubiese sido llamado sumariamente para recibir una reprimenda por “haber atacado sin permiso”.

De nuevo los franceses atacaron el Monte Gianicolo y durante un mes los garibaldinos detuvieron los ataques, oleada tras oleada, bajo constante cañoneo. Murieron allí los descendientes de la nobleza italiana, los campesinos, los empleados, los obreros: allí perdieron las camisas rojas casi todos los oficiales de la antigua Legión Italiana de Montevideo.

Rindióse la Roma republicana, pero no Garibaldi. Juró que seguiría luchando hasta vencer o morir. Reunió los 4000 hombres que le quedaban y, zigzagueando en los abruptos Apeninos, con al lado de su queridísima Anita, que había dejado a los hijos en Niza y había corrido a acompañar a su capitán dispuesta a morir con él, condujo a sus camaradas por entre las mallas tendidas por 65,000 soldados austriacos, encargados de cazar y aniquilar a aquellos patriotas sin patria.

A fines de julio, solo un millar y medio de desamparados llegaban con su jefe ante a frontera de la diminuta república de San Marino. Garibaldi pidió asilo para sus tropas hambrientas y agotadas: pero él no se detuvo y con Anita y un Puñado de revolucionarios empedernidos, burlando las líneas enemigas, llegó a las costas del Adriático, esperando embarcarse rumbo a Venecia.

Su fiel compañera había pasado todo aquel día delirando por el efecto del paludismo. Garibaldi la llevó en brazos hasta el buque que los esperaba, pero fue obligado por los austriacos a volver enseguida a la costa. Aprovechando las sombras del crepúsculo, llevó a su amada moribunda hasta unos bosquecillos de pinos y esa noche Anita escapó para siempre a toda persecución. Su sepultura fue una fría fosa abierta en la arena de las dunas.

Al ver que el gran patriota hacía rumbo a Nueva York, todos creyeron que el ensueño de una Italia libre y unida, había terminado.

Pero la simiente que vertiera Garibaldi sobre un terreno apropiado y fértil, no tardaría en dar sus frutos. Sólo había que esperara que el sol de la libertad, que se había ocultado momentáneamente entre nubes, volviera a resplandecer en el cielo de Italia.

Desde Norte América, donde había estrechado numerosas y selectas amistades, al punto de ser admitido como miembro honorario de la Respetable Logia Tompkin de Nueva York, salió en calidad de capitán de un barco estadounidense para seguir rumbo hasta el Callao, donde llegó el 4 de octubre de 1851.

Nadie, mejor que el Ilustre Hermano Ricardo Palma, podría haber relatado el episodio que culminó en la reyerta que sostuvo Garibaldi con el francés Carlos Lidós, debido a un artículo que éste último había publicado en contra del rey de Piamonte en el “Diario”, en el cual militaba entonces el celebrado autor de “Tradiciones Peruanas”.

Un escueto y banal hecho de crónica que, sin embargo, reviste mucha importancia, pues nos descubre una vez más la nobleza del corazón de Garibaldi que no sólo perdonaba a quien lo había condenado a muerte, sino que no toleraba que un compatriota de los que había derrotado en los gloriosos combates del Monte Gianicolo, se atreviera a injuriar a los apóstoles de la Libertad y Unidad de su Patria.

Fue honrado con la concesión de la ciudadanía peruana, como lo acredita un certificado (casi desconocido por la mayoría), expedido por el capitán de navío don Manuel de la Haza que, al mismo tiempo, lo nombraba piloto de la capitanía del Puerto del Callao.

Durante los dos años de permanencia en esta tierra generosamente hospitalaria, libró con tanto acierto una cruzada por la Libertad y Unidad Italiana, que los bonos destinados a adquirir armas para sus legionarios, fueron prontamente colocados entre los patriotas de este Perú que sabían sobradamente lo que significa para un pueblo la independencia y el libre albedrío.

En las actas de la Respetable Logia “Concordia Universal” N°14 del Callao, el nombre del Héroe de ambos mundos, junto a los de los Hermanos que adornaban por aquel entonces sus columnas, demuestran una vez más que en nuestra Institución, hoy como cien años atrás, **hermandad, justicia, amor a la libertad y odio a la tiranía**, no son palabras vacías de sentido.

Luego de cruzar el Océano Pacífico, para llegar hasta China y navegar por los mares del sur, volvió a Norte América, y de allá, en 1854, cuando el gobierno piemontés adoptó una política nacional bien definida, regresó a su patria y adquirió una pequeña parte de la isleta de Cabrera, dedicándose a la agricultura y esperando ansiosamente el momento de desenvainar de nuevo la espada en defensa de la Libertad.

Y sus esperanzas, largamente reprimidas, volvieron a retoñar vigorosas junto con las esperanzas de todo el pueblo italiano.

Cavour, el primer ministro nombrado por el joven rey Víctor Emanuel II, que había sucedido en el trono a su padre Carlos Alberto, llamó a Garibaldi, y éste, abandonando la tranquila soledad y la sosegada paz de su isla, empuñó de nuevo las armas para cubrirse de gloria en la segunda guerra de la Independencia Italiana.

El poeta Luigi Mercantini, escribió entonces aquel inmortal Himno de Garibaldi que, musicado por Alexio Olivieri, entonaron millones de jóvenes en las calles de las ciudades, en la soledad de los campos, en los estruendos de las batallas, en el estertor de la muerte:

“Si scopron lo tombe
Si levano i morti
I mártiri nostri
Son tutti risorti”.

Las empresas del Condottiero, desde aquel momento, son ya parte de la epopeya nacional.

Como jefe de los Cazadores de los Alpes, batió a los austriacos en el norte de la península; como capitán de “Los Mil” -entre los cuales tuvo el honor de militar mi abuelo materno, el ingeniero y hermano Enrique Regazzoni- se apoderó en contados días de la Sicilia y de su capital Palermo, cuya Gran Logia le confirió el título de Gran Maestre “ad vitam” y en cuya ocasión afirmó que “la masonería es la base fundamental de todas las asociaciones liberales”.

Arrolló luego, como si fuera una alfombra, el reino de Francisco de Borbón, poniendo en fuga un ejército de 100,000 hombres.

Toda Italia deliraba de entusiasmo, pero el primer ministro Cavour temió que Garibaldi, el más grande de los conquistadores italianos desde Julio César y el héroe al cual el pueblo rendía veneración rayaba al histerismo, trataría de proclamarse dueño de la nueva nación. Sin embargo, después de haber derrotado definitivamente al ejército enemigo en Capua, Garibaldi esperó que las tropas de Víctor Manuel II, luego de haber ocupado Marcas y Umbría, bajaran a través de los Abrusos para encontrarse con el primer rey de Italia, a quién correspondió recibir los honores de los ciudadanos de Nápoles.



GARIBALDI INGRESANDO A NAPOLES

Luego regresó modestamente a su pedregosa granja de Caprera, sin más botín y recompensa que unos cuantos sacos de simiente de trigo. Pero su alma, aparentemente diáfana y tranquila como el cielo de su isla, experimentaba la fascinación de Roma y como Gran Maestro del Gran Oriente de Italia, pidió ayuda a la masonería para librar la Ciudad Eterna del yugo clerical.

Al grito de: “Roma o muerte”, intenta la marcha sobre la urbe, pero las tropas de Víctor Manuel -quien por múltiples razones consideraba que el momento no era propicio para tal empresa- lo detiene en Aspromonte donde cae herido y milagrosamente escapa con vida.

Repuesto de las funestas consecuencias de este desagradable incidente, visita Londres, cuyo Lord Mayor le entrega el diploma de Ciudadano Honorario de la Metrópoli, “como testimonio de homenaje al más valeroso y magnánimo de los patriotas”.

La tercera guerra de la independencia italiana encuentra a nuestro Héroe al frente de un cuerpo de Camisas Rojas. Esta vez Víctor Manuel es aliado de la Prusia de Bismark. Al firmarse de improviso la paz, Garibaldi, que perseguía a los austriacos para arrebatárles todo el Trentino, a la imposición por parte del rey de suspender las hostilidades, contesta con una sola palabra: OBEDEZCO.

Se conquista Venecia, pero el papado se obstina en mantener y apretar entre sus sádicas garras, el corazón de Italia.

En el Congreso Internacional de la Liga por la paz y la libertad, grita entonces Garibaldi: “DECLARESE CADUCO EL PODER DEL PAPADO POR SER LA MAS NEFASTA DE LAS SECTAS”.

Llegado el momento en que el gobierno parece dispuesto a tolerar un atrevido golpe de mano para apoderarse de la Ciudad Eterna, Garibaldi quiso aprovechar de este larvado sentimiento del ministro Ratazzi: pero éste, inexplicablemente, lo hace detener y confinar en la isla de Caprera de donde fuga para, intentar, de su iniciativa, la conquista de Roma.

En Mentana, sus Camisas Rojas tuvieron que retirarse frente a la micidial eficacia de los nuevos fusiles de repetición, Chassepot, que los franceses, que defendían otra vez al Papa, probaron por primera vez, y por su oprobio, sobre el pecho de los patriotas italianos, aunque fracasaron poco tiempo después, en Sedán, contra los Dreyse de los prusianos.

Garibaldi fue detenido; más, las airadas protestas de todos los italianos, tuvieron como resultado su liberación.

Mientras tanto, Napoleón III, el frágil emperador de los franceses, había caído prisionero de los alemanes, y sobre Francia se cernían grandes peligros.

El Héroe nicense, olvidando todas las injurias que había recibido de los galos, y, como si eso no bastara, la cesión a estos de Niza, su ciudad natal (recompensa exigida por la ayuda prestada por Napoleón a Víctor Manuel en la guerra contra Austria) ofreció su ayuda al gobierno de la nueva república francesa y fue a combatir contra los prusianos.

El 20 de setiembre de ese año 1870, la monarquía sábauda se vio obligada ¡por fin! a entrar en Roma por la famosa Brecha de Porta Pía, mientras el ferviente patriota que había intentado dos veces arrancar al Papa su presa, que había conquistado para Italia el reino de las dos Sicilias y había saludado en Nápoles a Víctor Manuel, fue el involuntario ausente de la última batalla librada por la Unidad y la Independencia.

En Francia, como general del ejército de los Vosgos, obligó a los prusianos a replegarse a Dijon, desgarrándoles y tomándoles su bandera, siendo ésta la única victoria francesa de la guerra Galo-Prusiana y la única bandera tomada al enemigo, y fue también la última hazaña del gran “Condottiero” que volvió a su isla, a su modestísima morada y que en el censo italiano de 1871 declaró: “Giuseppe Garibaldi, agricultor”

Se dedicó entonces a resolver los problemas esenciales que agitaban las últimas décadas del siglo 19; trabajó intensamente para nuestra Aug.: Orden, y la Respetable Logia “Garibaldi” de Buenos Aires, lo nombró Venerable Maestro Honorario “ad vitam”.

No contaba más que 64 años, y sin embargo su cuerpo expiaba ya todos los sufrimientos físicos, todas las privaciones, toda aquella larga y agitada vida trascurrida en los campos de batalla. Fue perdiendo paulatinamente sus energías y pocas veces desembarcó en el continente. Amaba su isla y aseguraba que “en el grandioso templo de la naturaleza, Dios se venera como debe venerarse: humildemente y con el culto del alma”.

Y cuando menos se esperaba, como un siniestro relámpago, en la noche entre el 2 y el 3 de junio corrió la noticia de la muerte del gran patriota.

¡Garibaldi ha muerto!

Toda Italia se hundió en el dolor más sincero y profundo. El Héroe Nicense era la parte mejor de los italianos: era su condottiero y su maestro: era el Prometeo que había liberado la Patria de los opresores: la personificación más pura y más noble de la humanidad.

Al grito de congoja de los italianos, respondió el grito de dolor de todo el mundo, porque Garibaldi no era solamente el símbolo del patriotismo y el campeón armado y constante de la Unidad Italiana; sino el representante más fáctivo de la Humanidad y exponente más alto de la Libertad. No solamente de su Patria anhelaba la independencia, sino de todas las naciones sujetas a demagogos y tiranos. Infatigable como Alejandro,

veloz como César, impetuoso como Aníbal y como Napoleón audaz y tesorero, sus méritos de soldado nunca ofuscaron sus virtudes de ciudadano, pues poseía el discernimiento de Timoleón, la modestia y simplicidad de Cincinato, e patriotismo desinteresado de San Martín y de Washington. ¡Todos lo quisieron porque fue grande, porque fue bueno!

No podía cruzar un campo de batalla cubierto de muertos y heridos, sin experimentar congoja, y maldecía, acatando la necesidad de las guerras, que consideraba y llamaba "Crimen de la civilización". La causa de la paz y del albedrío internacional, que Enrique Richard, Víctor Hugo y Lemonnier, intentaron divulgar y popularizar en Europa, tuvieron en Garibaldi uno de los apóstoles más sinceros, más convencidos y más fervientes.

Para acabar con las guerras, opinaba que debían acabarse las oligarquías que, bajo distintos nombres, dominaban en casi todos los países de Europa. Estaba convencido de que la Libertad, fugando los odios entre naciones y razas, harían surgir aquellos Estados Unidos de Europa que Mazzini y Cattaneo invocaban desde hacía tiempo y que él proclamaba en Ginebra en 1869, como principal meta e la democracia europea.

El Hermano Garibaldi ha muerto hace 74 años: pero su recuerdo vive en el corazón de todos nosotros, y su nombre será respetado en nuestras Logias como el más puro ejemplo de virtudes masónicas, civiles y militares.

Luego de liberar a su patria y restituir al pueblo sus sagrados derechos, el Héroe desapareció. Dicen que fue asumido en el concilio de los Dioses de la Patria.

Pero, como lo asegura otro gran Hermano nuestro, el poeta Giosué Carducci: "el sol, cuando se levanta sobre los Alpes, entre las humeantes neblinas de la mañana y se pone entre las brumas del ocaso, dibuja, entre los abetos y las encinas, una grande sombra que lleva camisa roja, de rubia y revoloteante cabellera, de mirada serena como el cielo azul y como el mar".

El extranjero admira y dice a sus hijos:

"Es un gran Héroe italiano que, desde los Alpes, vela por los destinos de su Patria"

Corrado Conforti Ragazzoni

P.: V.: M.: R.: L.: S.: Estrella de Italia N°49



GIUSEPPE GARIBALDI RAIMONDI

MONUMENTO ECUESTRE

JANICULUM – PIAZZA GARIBALDI

ROMA - ITALIA